

ANTONIO DE TRUEBA.¹



Antonio de Trueba nació con la más ardiente y decidida vocacion para el género y con todas las dotes que exige: alma impresionable y soñadora, delicadeza, ternura é intensidad de sentimientos, candidez ingenua y como de niño, amor inagotable y vehemente hácia aquella bendita region, cuya belleza ha sabido trasladar tan primorosamente á sus narraciones. Su patria le saludó con satisfaccion y orgullo apenas pudo conocer las hermosas páginas que iba consagrándole su pintor y su poeta; España toda supo discernirle de la turbamulta que con él vino á mezclarse tumultuosamente, y allá en las naciones que solo nos mencionan para mofarse de nuestras glorias, donde se desconoce por completo nuestra literatura, y señaladamente la moderna, se leyeron con avidéz los humildes cuentos de *Anton el de los cantares*, lo mismo que las novelas de la inolvidable Fernán Caballero. Juntos compartian el favor del publico y el aplauso universal, sobre todo en el decenio anterior á la revolucion de Septiembre; pero la moda, que es inexorable en sus fallos é injusticias, aspira á destronar poco á poco el nombre de Trueba, sin que falten en este concierto de oposicion voces muy respetables y autorizadas.

Las acusaciones son tan varias como caprichosas, y es preciso examinarlas bien para que quede en su puesto la verdad. Comencemos por la critica que servirá de fundamento á la defensa.

Una de las excelentes cualidades que en Trueba se admiran es la

(1) Del libro recientemente impreso *La literatura española en el siglo XIX*.

fecundidad, no estéril como en tantos otros, sino siempre igual á sí misma, dócil é incansable ayuda del ingenio. Hermanos de padre, hijos del corazon más que de la inteligencia, estos libros son tan unos en el objeto y en la forma, de tal modo reflejan los mismos sentimientos y aspiraciones, que juzgar el primero que se nombre es juzgar á los demás. Sólo una línea divisoria pudiera trazarse que separara las narraciones genuinamente bascongadas de las que presentan carácter más abstracto y universal. Esta separacion no pasa de recurso metódico, porque en la realidad no está tan definida y terminante.

Trueba fué antes que nada el felicísimo interprete de un gran pueblo, donde viven todas las virtudes domésticas y patriarcales, todo el aliento de una raza virgen é indomable, todos los tesoros de la vida cristiana en su más alto grado de pureza. Él, que los conocia como pocos, que respiró aquellas auras de suave y delicado perfume, supo tambien comunicar con la mágia de la descripcion y el entusiasmo las emociones de su alma, y ha inmortalizado los lugares donde se deslizó su infancia, los valles risueños, las casitas blancas, el insuperable conjunto formado por la hermosura de la naturaleza, unida á la hermosura moral. El afecto casto, ideal y purísimo de los amantes y esposos; la tranquilidad plácida é inalterable del hogar doméstico; la sencillez y el pudor, todo lo que transforma y ennoblece, ése es el patrimonio de aquella privilegiada raza, esos los elementos que componen las relaciones de Trueba, cautivando insensiblemente la curiosidad y la simpatía. Al ver á aquellos ancianos, cándidos é inocentes como niños; á aquellas madres, tan ricas de amor y de lágrimas; á aquellos jóvenes que casi desconocen los caminos de la disolucion, con su eterna alegría y sus patriarcales regocijos, no hay corazon que no se conmueva ni frente que no se incline. La felicidad, que tan mal se remeda en las grandes metrópolis del lujo y la ostentacion, vive escondida en el despreciado recinto de esas aldeas, en esos corazones cerrados á la ambicion y al crimen. Semejantes escenas no se fingén, ni se pintan sin haberlas visto: hay aquí algo tan natural, tan humano é inimitable, que excluye toda idea de invencion y superchería.

Como otros escritores de nuestras provincias septentrionales, Trueba tenia horror á la emigracion, al abandono de las caricias maternales por la incierta fortuna con que sueña la desatentada juventud; pudiéndose afirmar de algunos cuentos suyos que no son sino comentario de aquella exclamacion de Lista.

¡Dichoso el que nunca ha visto
 Más rio que el de su patria,
 Y duerme, anciano, á la sombra
 Do pequeñuelo jugaba!

El que va para las Indias, parece que lleva consigo la maldicion del cielo; pierde las afecciones y costumbres de su infancia, se engolfa en el piélagos de los agios comerciales, y adquiere sus riquezas á costa de las del alma. Los indianos de Trueba, ó son la escoria del país, ó corren inexpertos tras de su propia desventura, presentándose en uno y otro caso bajo un aspecto sombrío y desconsolador. Sólo Pereda le ha excedido pintando algo, si no más triste, más repugnante en la amarguísima sátira de *Don Gonzalo Gonzalez de la Gonzalera*. Pero la inquina del primero no parece dirigirse únicamente contra las tierras de allende los mares, sino que tambien se extiende á las ciudades de Castilla, y sobre todo á Madrid. Podrá haber, y hay de hecho, en tales quejas su parte de exageracion; pero resulta al cabo muy disculpable si se la considera nacida de predileccion santamente egoista al suelo natal y á los sabores y olores de la *tierruca*.

Esta predileccion no llega á confundirse con el exclusivismo, porque tambien supo Trueba cambiar el escenario de su montaña por el de las llanuras de Casilla, pintando bajo otra forma la grandeza y el heroismo, las virtudes modestas y la desconocida ventura. En los *Cuentos campesinos* hay tanto que sentir y admirar como en los mejores de Trueba, con no hacerse casi mencion en ellos de las costumbres bascongadas. *La felicidad doméstica* es un cuadro tan natural y tan ingenio, que no descubre el más mínimo rastro de esa afectacion de que tanto hablan los críticos, á quienes pueden contestar con sus personas *El tio Cachaza* y compañeros. Para hacer reir á quien no tenga ganas ahí están *Los Tomillareses* con el Conde de Picos-Altos, donde se retrata al vivo la fatuidad pedantesca de los que especulan con la candidez de los pueblos. Nada, en fin, cabe idear más dramático y sentido que *Los borrachos*, cuento en que Trueba se excede á sí mismo, y que nadie acaba de leer sin lágrimas en los ojos ante la horrible tragedia final con que quedan castigados los vicios y condescendencias del desdichado Lorenzo.

Las *Narraciones populares*, los *Cuentos populares*, y algunos otros sueltos y por el mismo estilo, constituyen una variante muy digna de consideracion en las obras de Trueba. Más curiosos que sentidos, con

más ingeniosidad que belleza descriptiva, desenvuélvense en el país abstracto donde coloca el vulgo todo lo que finge; y aunque alguna vez parecen circunscritos á determinada localidad, nunca es para reproducirla y grabarla en el ánimo del lector. Las fábulas inventadas por la experiencia y el conocimiento de la vida, los relatos fantásticos con que se embellece el prosáico mundo en que nos movemos, las inocentes mentiras con que la piedad ha procurado sensibilizar los misterios y verdades de la religion, tales son las fuentes de donde sacó Trueba esta porcion de sus cuentos, tan apreciable acaso aunque no tan apreciada como las demás. ¿A quién no cautiva aquella credulidad infantil que se trasluce en la descripción de pormenores, en los razonamientos y en el estilo del autor? Y cuando quiere ser malicioso en medio de su candidez constante, ¿no parece convertirse en un nuevo La Fontaine, con sus inimitables y al parecer antitéticas perfecciones? De mí sé decir que he recordado muchas veces la *naïveté* del gran fabulista al leer los *Cuentos y Narraciones populares*, y no conozco autor alguno que le vaya tan á los alcances como Trueba, quien probablemente no pensó nunca en imitarle.

Hasta tal punto se identificó el simpático autor bascongado con lo humilde y lo pequeño en todas sus fases, que no acertó á escribir novelas de verdad, aunque otra cosa indiquen las proporciones materiales de algunas de sus obras. No hablemos de *Las hijas del Cid*, una de las más sosas imitaciones que ha engendrado la afición al género de Walter Scott. *Marisanta* y *El gaban y la chaqueta* bastan para demostrar, por distinto camino que *Las hijas del Cid*, las escasas dotes, por no decir la incapacidad de Trueba como novelista. Digan de *Marisanta* que es un panorama deleitoso de bellezas morales y artísticas; pero ¿dónde está el núcleo, la acción y la unidad propios de la novela? ¿Cómo encontrarlos tampoco en el truncado relato, y en las interminables digresiones de *El gaban y la chaqueta*, reconociendo y todo los primores característicos de estos que apenas me atrevo á llamar pecados ni caídas? No era esclava Fernán Caballero del interés en que tanto adoran los lectores indoctos; pero sabia excitar otro más difícil y más esencial para el novelista: el que resulta de la verdad, representación y consecuencia en los caracteres, y así fué algo más que una insignie escritora de costumbres, al paso que Trueba ni ha tenido otro renombre, aunque ese sea tan merecido y envidiable.

Ahora veamos los cargos de sus censores, comenzando por el más

irritante y repetido, que es el de afectacion y sensiblería, injustamente atribuidas á los cuentos de *Antón el de los cantares*, sobre todo los consagrados á la descripción de su país natal. Hay corazones de hielo, que tienen por ridículo todo lo que es tierno y afectuoso, y miden las afecciones de los demás por el rasero de las propias; hay criticos que traducen por zalamerias y ñoñeces los que en Trueba son desahogos legítimos del sentimiento, y sonríen desdeñosos ante el candor y la inocencia. Iluso y optimista llaman otras veces al autor por haberse empleado en pintar las costumbres de un pueblo modelo; más como esos señores, ó no lo reconocen tal, ó no lo han visto, ó se empeñan en su negativa *porque sí*, juran que ese pueblo no existe sino en la fantasía de sus admiradores. Pero cabalmente el distintivo de Trueba es el realismo, á veces exagerado, que coloca á par de la virtud el vicio, y descubre en la vida rural, no sólo sus encantos, sino tambien su parte más prosáica, desconocida para los forjadores de églogas é idilios empalagosos; salvo que, con no faltar á la verdad, con no omitir Trueba nada en sus descripciones, brota de ellas cierta hermosura ideal, de que sin motivo ninguno se le hace cargo como si fuese defecto imperdonable.

No hay forma de demostrar á muchos ignorantes presumidos de doctos que en España existen aún residuos de las virtudes y grandezas de otros tiempos. Tratase de visionarios á los que en ellas creen, á los que las ven y las admiran, cuando, en lo que á Trueba se refiere, habría podido las mas veces citar los tipos y originales cuyos retratos nos ofrece en sus narraciones; tal es el sello de fidelidad y exactitud que las avalora. Caso de ser exclusivamente obra de su imaginacion, descubrirían en él, si no las dotes de observador entendido, algo más admirable é infrecuente: el genio creador de los grandes artistas, con lo que nada perdería en el cambio.

Pero hay otro argumento más decisivo á favor de Trueba, y es el que resulta de compararle con los exageradores y profanadores del sentimiento, con los novelistas y dramaturgos á la *larmoyant*, plaga de todas las literaturas, y principalmente de la moderna. ¿Qué relacion existe entre la naturalidad encantadora y casi extremada del uno, y los artificios y melindres de los otros, entre aquellos personajes tan aproximados á la realidad, y estos muñecos de cera, en que parecen resortes mecánicos los impulsos de la pasión? Las lágrimas que tal vez arrancan las tramoyas de falso sentimentalismo á algun lector inexperto tienen

mucho de pasajeras é intranquilas, mientras la impresion que sabe Trueba llevar al ánimo es á un mismo tiempo reposada y honda, y hace asomar las lágrimas á los ojos, á la vez que el corazon rebosa de alegría y de ternura. No negaré que algunas veces decae, y que el apasionamiento por las cosas de su tierra le conduce á censurables extremos; pero esto no es sistemático, ni mucho menos obedece al propósito de desfigurar á sabiendas la verdad con el fin de *hacer efecto*, como suele ahora decirse. Trueba era incapaz de estas mentiras literarias; sólo expresa lo que siente, y si hay en ello falsedad ó exageracion, él fue el primer engañado. ¡Oh, y cuán disculpable no aparece, por todos los aspectos, el idealismo que se le atribuye, hoy que la novela se harta con las heces de la lujuria y del crimen, ayudando con sus infulas docentes al absurdo determinismo materialista! No lean, no, esos libros escritos con el alma los que en ella no creen, los que niegan la existencia y hasta la posibilidad de la virtud; pero, gracias á Dios, no le faltan ni le faltarán admiradores al pintor insigne de las montañas euskaras.

FR. FRANCISCO BLANCO GARCÍA,
Agustiniano.

